

Vigencia de la concordia nacional

Carlos Monroy Reyes

En los albores de este siglo, después de una guerra civil de tres años, Colombia entró por la senda de la concordia nacional e inició el despegue de su industria. Ello fue obra principalmente del llamado gobierno del Quinquenio de Rafael Reyes. El artículo que presentamos a continuación analiza cuáles fueron las principales realizaciones de este mandato. A juicio del autor, su llamado a la concordia nacional sigue vigente en nuestra época.

* * *

Antecedentes

LA BIFURCACION ENTRE LOS IDEALES LIBERTARIOS convertidos en normas rígidas, en trámites eternos, en un intervencionismo insoportable y las realidades de la tierra y de la guerra, fueron creando, desde la Independencia, fuerzas sociales y estructuras bien diferentes. La organización formal, con posterioridad, fue de tendencia esencialmente democrática. La organización práctica fue, antes que todo, militar.

Cierta dicotomía entre las teorías y las realidades, entre la demagogia que siguió a la libertad y la necesidad de construir un Estado progresista y ordenado, constituyó la gran discusión de la América Latina en el siglo XIX y en la primera parte del actual. Con intermitencias violentas, con guerras, escaramuzas y “pronunciamientos” en casi todas nuestras naciones, se vinieron a establecer dos tendencias, más o menos claras, dentro de un cierto apego idéntico a la ideología liberal democrática, especialmente en el campo económico. La primera en sentido conservador, centralista las más de veces, con un respeto profundo a la tradición; la segunda, progresista, federalista, regida por el libre examen y el utilitarismo de Bentham. Nuevos elementos económicos y sociales las fueron modificando y decantando. El desarrollo de varios países de América Latina encontró en la emulación y contraposición de estas dos tendencias buen impulso.

Al finalizar el siglo XIX, estos dos modos de apreciar la libertad vinieron a monopolizar el pensamiento colombiano. Las guerras constituyeron terreno propicio al estancamiento y acaso fueron parte fundamental del estado de subdesarrollo y de su continuidad. La cruenta contienda de los mil días, por ejemplo, ahogó todos los esfuerzos de un proceso elemental de desarrollo que venía de antaño y que era rico en teorías y naturalmente escaso en realizaciones.

Dentro de estos razonamientos, podemos afirmar que en el siglo pasado correspondió al Presidente Rafael Núñez conferirle al proteccionismo

I TRIMESTRE 1990

económico la categoría de razón de Estado. Quizás las diversas convulsiones y contiendas armadas y el crucigrama casi indescifrable de la política de aquellos tiempos, fueron causa de que Núñez no alcanzara a ocuparse en forma primordial en el desarrollo de tal política, alcanzando, eso sí, a sentar bases sólidas para que luego se edificara la industrialización de Colombia, cuyo despegue se efectuó en la administración del General Rafael Reyes.

Cuando asumió el poder, el General Reyes comenzó por crear un ambiente de confianza sin la cual hubieran sido vanos los intentos en favor del desarrollo. Creada esa confianza, basada en la política de "Concordia Nacional", que así se llamó, y en reglas claras para los negocios, formuló y llevó a efecto una agresiva política económica que le dio al empresario colombiano el aliento vital que requería para lanzarse a la arriesgada aventura de crear industrias y generar trabajo y riqueza. Hasta Reyes, el esfuerzo empresarial aislado, sin protección de los gobiernos y de los políticos, se encontraba, con pocas excepciones, condenado al fracaso. La falta de capital aislaba a Colombia y frenaba su desarrollo. El empresario carecía de garantías legales y sin una política gubernamental clara no podía planificar sus actividades ni organizar las fábricas. No se encontraban, por entonces, trabajadores calificados, lo cual determinaba que el mercado nacional fuera modesto, entre otras razones, porque la mayoría de los consumidores apenas contaba con ingresos de subsistencia. Crear una nueva empresa después del desastre de la última guerra constituía una hazaña. Muy pocos lo lograron y permanecen en el olvido los muchos que se hundieron, perdiendo recursos, esfuerzos y esperanzas.

La traida de maquinaria importada para crear una industria textil, por ejemplo, presentaba innumerables dificultades, no sólo desde el punto de vista de la negociación misma en el exterior, sino de la llegada de las máquinas a puertos colombianos. Generalmente, en los viajes la maquinaria sufría desperfectos que obligaban luego a efectuar adaptaciones especiales para su montaje, con la ayuda de técnicos extranjeros, lo cual elevaba el precio de la instalación a sumas escandalosas.

Con los lineamientos de la Concordia y el proteccionismo, indispensables para que la nación abandonara el lodazal en que se encontraba en tales momentos, el gobierno del General Reyes estableció varios programas en cuya realización puso todos sus empeños. Fueron enunciados así: menos política y más administración; lucha contra la tramitomanía, dolencia permanente de nuestras instituciones; reforma financiera; reforma monetaria que puso término a las emisiones sin respaldo; impulso a la industria y a la agricultura, coordinada con una incipiente apertura al exterior; establecimiento de reglas de juego permanentes que permitieran actividades empresariales con buen futuro y profesionalización del ejército en forma técnica, disciplinada y apolítica.

Tales hechos lograron el despegue del país hacia el desarrollo. La lucha del presidente Reyes para erradicar los vicios ancestrales que se oponían a su aplicación ha continuado hasta nuestros días. La tesonera actividad de ese gobierno, reconocida ahora casi unánimemente, tiene actualidad hoy porque aún estamos luchando en el mismo sentido y contra los mismos vicios.

Menos política y más administración

EL PANORAMA COLOMBIANO DE HOY indica que, aunque las elecciones y el funcionamiento de las diversas corporaciones no pueden separarse de la democracia, esto no significa que con la existencia de los dos elementos citados, ella se baste a sí misma para constituirse. Los cacicazgos que derivan en representación en los cuerpos colegiados y que destruyen la nobleza de la verdadera política, no autorizan, tampoco, en estricto derecho, a prescindir del Parlamento. Acaso el General Reyes, sopesando el gran respaldo del país, llegó al convencimiento de la necesidad de suspender el Congreso y creyó que las reformas que casi todos los colombianos deseaban no podrían nunca aprobarse por las Cámaras compuestas en su mayoría por sus más tenaces adversarios. La casi totalidad del liberalismo y del conservatismo lo acompañó en esta decisión. La colaboración del General Uribe llegó al punto de decir que "si la corporación (el Congreso) se negaba a conceder las facultades solicitadas para enfrentar la grave crisis económica existente, haría bien el Presidente en tomárselas"¹.

La reforma financiera

¿ERA POSIBLE CAMBIAR LA ESTRUCTURA del retardo por una modernización capitalista? Seguramente este fue el propósito del Presidente. Pero, ¿analizaría Reyes los factores conflictivos o estructurales que le impedían a Colombia movilizar su energía interna y sus recursos hacia un mejor estar de la nación? Si no los analizó, los intuyó y, entonces, propugnó por instaurar una etapa de formación de núcleos industriales articulados al mercado interno. Comprendió que se requerían los factores básicos ya citados: confianza y proteccionismo. Fueron los dos pilares del manejo económico de su gobierno. El Estado dejaba de ser una entidad neutra, dedicada sólo a tratar de recaudar tributos para mantener una burocracia, siempre en aumento, y se convertía en motor del desarrollo. La inmensa empresa no se podría entender ahora sin tener en cuenta las consecuencias de los tres años de guerra destructora y la conmoción nacionalista generada por la separación de Panamá.

Se buscaban con afán la paz y el crecimiento. El gobernante comprendió que para lograr tan ambiciosas metas había que comenzar por restablecer una economía "dislocada" por las cuantiosas emisiones sin respaldo ordenadas especialmente para financiar la contienda. Se pretendía antes reemplazar los ingresos insuficientes con una máquina de litografía que imprimía billetes a como fuera lugar. Colombia llegó a ocupar acaso el primer lugar en el mundo en la depreciación de la moneda de papel. Como lo señaló *El Correo Nacional*², antes de Reyes "se vivía una época en que todo se compraba y todo se vendía: se levantaban y caían enormes fortunas; cuando la paz llegó y el papel moneda adquirió su precio normal, aquellos que du-

1 / Nueva Historia de Colombia, Vol. 1., pág. 194.
2 / *Ibid.*, pág. 191.

rante la guerra se daban tono por tener cien mil pesos, al despertar del sueño, se encontraron con que sólo tenían mil, y el que había edificado una casa de quinientos mil se encontró con que solamente valía cuatro o cinco mil pesos. En octubre de 1902 la tasa de cambio llegó al 18.900%. Pensemos, para comprender mejor lo que ocurría, en la Argentina de hoy, crujendo sobre sus goznes, con un cambio en ascenso de más de 3.000 por cada dólar.

Como la Asamblea Nacional no había autorizado nuevos impuestos, el Presidente Reyes apeló a nacionalizar algunas rentas departamentales como las de licores, degüello y tabaco, comprometiéndose a devolver a los departamentos, anualmente, una suma por lo menos igual a la que hubieran podido recaudar. El alza de los derechos de aduana, decretada en un sesenta por ciento, se justificaba porque tal impuesto se venía cobrando con las mismas tarifas vigentes anteriores a la gigantesca depreciación del papel moneda.

El gobierno concibió también el proyecto de privatizar la tarea de la recaudación y lo trató de desarrollar complementándolo con la creación del Banco Central, una de sus iniciativas más atacadas. Eduardo Lemaitre, en su importante biografía del General Reyes, dice al respecto: "esta propuesta (la del Banco Central) que, como puede fácilmente observarse, encerraba algo así como el germen de lo que más tarde habría de ser el actual Banco de la República, si se hubiera puesto en práctica tal como Reyes originalmente lo quería, habría adelantado en más de una década la evolución bancaria de Colombia; fue, por desgracia, declinada por la totalidad de los gerentes de banco a quienes iba dirigida"³. Reyes inmediatamente concibió una variante para su proyecto: apeló a un grupo de capitalistas independientes y fundó una nueva entidad: el Banco Central. Los accionistas de esta nueva empresa, sobre la que más tarde habría de desencadenarse una tormenta de críticas y vituperios, eran veintiocho. Con ellos celebró el contrato de administración que los banqueros habían rechazado y, gracias a esa medida el país iba a ver bien pronto restablecido su crédito exterior, saneada su moneda y vigorizadas sus escuálidas finanzas.

Campaña contra el gasto público exagerado

SIN QUE EL GENERAL PRESIDENTE APELARA al drástico procedimiento de los franceses cuando se pecataron del inmenso daño que había hecho a la economía la inundación de los "asignados", y quemaron espectacularmente, ante el público, la máquina que los fabricaba, si ordenó, desde el principio de su gobierno, la paralización de las prensas oficiales y logró el milagro de ajustar los gastos a los mínimos recursos disponibles, absteniéndose de lanzar nuevas emisiones. Sin estas medidas heroicas sobre ordenamiento del gasto público, la conversión del diez mil por ciento —en esa época una original medida que después fue imitada en diversos países— no hubiera tenido consecuencias benéficas. Con la conversión del diez mil por ciento y con las medidas correlativas contra el despilfarro, en lugar de los sacos de papel

moneda sin valor que halló al asumir la presidencia, Reyes colocó en los bolsillos de sus compatriotas nuevos billetes con un real poder adquisitivo.

Bien es verdad que el General Reyes durante su mandato hacía sentir su autoridad en todas las actuaciones de gobierno. Verificaba personalmente el presupuesto de los ministerios y nada escapaba a su constante observación. En todos los ámbitos, desde los suelos de la burocracia hasta los gastos domésticos de Palacio, solía escudriñar personalmente las diversas partidas y la forma como se cumplía su inversión, impidiendo así el desgüeño administrativo y los aprovechamientos indebidos.

No podemos omitir la frase que pronunció cierto día desde el Palacio de San Carlos que, unida a la conversión monetaria, iba a revolucionar, saneándola, la economía nacional, constituyendo un modelo imitado posteriormente en diversas naciones: "la moneda de Colombia se cotiza a la par con el oro", afirmó Reyes. El mismo biógrafo citado dice lo siguiente: "era un sofisma, era una paradoja, porque, detrás de aquellas declaraciones no había nada, no había ni una barra de oro que respaldara la presuntuosa afirmación. Pero, en cambio, había confianza absoluta en un gobierno que gozaba de sólido prestigio y por eso, dice Esteban Jaramillo, "pudo el Presidente hacerle ver al país aquel fenómeno imposible, como Napoleón hacía visible para sus generales una supuesta estrella en pleno día".

El gobierno, autorizado por la Asamblea Nacional, ordenó luego que en las oficinas de hacienda se cambiara la moneda de papel en la proporción de un peso oro por cada cien pesos papel y que en la misma medida fueran exigibles las obligaciones estipuladas en moneda colombiana. Mario Perico Ramirez⁴, en su biografía del General Reyes, sitúa al Presidente a las once de la mañana del día de su posesión, 8 de agosto de 1904, y cuando el consejo de ministros estaba reunido: "escuché —dice Reyes— los informes de cada uno de los ministros. Mil millones diarios en emisiones de papel estaban dejando un lastre económico brutal. Las rentas no existían, un presupuesto de seis millones y medio no servía para nada. El contrabando y la criminalidad aumentaban en proporciones gigantescas. No existían controles. El tesoro estaba exhausto. La confianza en la moneda liquidada. Para comenzar, se me ofrecía un cuadro de naufragio total".

También lo hace hablar figuradamente así: "los productos extranjeros continuaban inundando el país. Y no aparecía por ninguna parte la competencia de los productos nacionales. En Antioquia, en Boyacá, subvencioné varias fábricas de paños y de tejidos. En la Costa Atlántica impulsé la industria azucarera. Contraté a varias compañías francesas e inglesas para que estudiaran nuestras posibilidades mineras. Y las dejé como administradoras de las minas existentes, porque estaba convencido y lo estoy aún, de que *el gobierno es el peor, el más malo y el menos indicado para controlar con sus empleados el funcionamiento de cualquier empresa*. El banano, el trigo, los ganados, los cultivos agrícolas, formaron mi plataforma efecti-

3 / Eduardo Lemaitre, *Reyes*.

4 / Mario H. Perico Ramirez, *Reyes: de cauchero a dictador* Ed. La Reina y El Aguila, Tunja, 1986, pág. 438.

va. Y, con la educación pública rehabilitada por mis manos, esperé confiado a que mis gobernados supieran valorar mis esfuerzos y mis trabajos”⁵.

Realizaciones

EL ANSIADO DESARROLLO REQUERÍA NO SÓLO confianza, moneda sana, autoridad y proteccionismo industrial. Había que proyectar y ejecutar obras tangibles. Los historiadores enumeran las siguientes: después de crear el ministerio de Obras Públicas, Reyes impulsa los ferrocarriles en especial los de Girardot y Buenaventura; regulariza la navegación comercial sobre el río Magdalena; construye la Carretera del Norte hasta Santa Rosa de Viterbo; rehabilita los caminos de herradura; nacionaliza las rentas departamentales provenientes de degüello, licores y tabaco; instituye la vigencia inmediata de las tasas fiscales; establece nuevas causales de exportación por razones de utilidad pública; promueve la creación de nuevas entidades territoriales; elimina los impedimentos a la inversión extranjera; propicia el Banco Central con capital privado; reestablece el crédito exterior; en Bogotá reconstruye la Casa de la Moneda y el Palacio de la Carrera; inicia la apertura de la Avenida de la República; funda el hipódromo y emprende la construcción del primer acueducto moderno que tuvo la ciudad.

Ya habíamos anotado que controló la emisión de papel moneda, revaluó el peso y fijó su cotización a la par con el oro; a la vez sirve con puntualidad la deuda externa y acuerda con los tenedores de bonos de las obligaciones colombianas la conversión de la deuda; respecto a la profesionalización del ejército, el General Reyes funda la Marina de guerra y la Escuela militar; reorganiza las fuerzas armadas y contrata misiones en el exterior para instruir las y reforzar su disciplina y conocimientos. Trae el primer laboratorio de química industrial y funda talleres de tejidos y colegios de toda índole. Su dinamismo creador le alcanza también para reorganizar las misiones diplomáticas y convertir los consulados en agencias comerciales y fiscales; normaliza el gasto público unificándolo y para ello establece la Tesorería General de la República; ejecuta el presupuesto de rentas y gastos consiguiendo equilibrar los ingresos con los egresos; reparte los baldíos y construye obras de irrigación. Promueve la industria bananera de Santa Marta, obteniendo una gran producción y constituyendo esta actividad en una de las mayores iniciativas de su gobierno; limpia el canal del Dique y negocia con Venezuela la libre navegación.

Una vez estabilizada la moneda, acaso el principal empeño de su gestión gubernamental, Colombia alcanzó beneficios del crédito internacional con la firma del tratado Averbury-Holguin que permitió sanear y aclarar la deuda externa que el país tenía desde años atrás.

La concordia nacional

DE OTRA PARTE, PERSISTIAN EN COLOMBIA las tendencias separatistas, y de la guerra habían quedado bandas de asaltantes que imponían la ley de

la selva en muchas partes del territorio colombiano. Era necesario, indispensable, promover una política nacional llamando a los liberales. Reyes lo hizo. Entre sus primeros ministros nombró a Lucas Caballero, general liberal que había intervenido decididamente en la guerra y a don Enrique Cortés, financista connotado.

El General Rafael Uribe Uribe, acaso el más importante de los jefes liberales de su época, apoyó al General Reyes porque captó el realismo que respaldaba sus propuestas. El círculo económico del partido liberal también estuvo con Reyes y aún el General Herrera, quien participó en alguna misión diplomática. “Reyes nos permitió respirar, decían los liberales”. Una sola palabra produjo este milagro: la palabra Concordia, “decía José Joaquín Guerra, un apasionado antirreyista. Además, es innegable que todo gobierno progresista ha de tener una política económica. El desarrollo no puede lograrse, sin el esfuerzo global de todos. Reyes entendió que éste constituía una empresa política que exigía el trabajo concertado, el establecimiento de estímulos de toda clase y un mínimo de justicia en la distribución de sacrificios y provechos. La Concordia Nacional fue el principal instrumento de Reyes para desarrollar el país. Llamando a los liberales, sin tener en cuenta que eran los perdedores de la reciente guerra civil, Reyes realizó un esfuerzo político que se tornaría en confianza para los empresarios.

No se presentaba disenso entonces entre militares y civiles porque la recia personalidad del General Presidente hacía que las fuerzas armadas siguieran con interés su política económica y la respaldaran integralmente. Años después vino a presentarse un desacuerdo entre el gobierno, apoyado por empresarios y militares, con algunos políticos —casi todos pertenecientes a un arisco conservatismo— que no entendían los pasos del gobierno en favor del progreso. Así como la llegada de los primeros ferrocarriles, en el siglo pasado, a los Estados Unidos, levantó una ola de protesta de los pueblos situados a orillas del atraso, el adelanto de la industria y del comercio y la revolución monetaria que venía efectuando el gobierno del Quinquenio produjo escozor en mentes retardatarias que en todo tiempo y en todos los lugares exhiben su pasividad.

El desarrollo económico y social

EL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL es generalmente consecuencia de una transformación que no debe confundirse con un cambio total de las normas constitucionales y que consiste en el paso de un sistema económico primitivo a uno de base industrial. Ninguna esfera de la vida ciudadana puede estar exenta de esfuerzos coordinados para progresar. Un colombiano de aquella época requería aumentar su instrucción y adquirir fe en la posibilidad de mejorar, con sentido de responsabilidad social, para obtener un mínimo de capacidad y colaborar así en la producción, desempeñando bien su profesión en un conjunto nacional de honradez comercial y de solidaridad cívica.

El fomento del desarrollo implicaba a principios del siglo la construcción de escuelas y caminos, el aumento de facilidades de crédito, la creación de un ejército profesional y en fin, la iniciación de numerosas posibilidades de actuación económica.

⁵ / *Ibid.*, pág. 473.

Se necesitaba una infraestructura, es decir, un sistema de transporte y de comunicaciones, de producción y distribución de energía, etc. El “despegue” hacia tal sistema económico, que llevara al desarrollo, implicaba la creación de un capital social de base, cuyo producto, en definitiva, debía ir a la comunidad. A pesar de muchos esfuerzos la economía del país en el siglo pasado no estaba a la altura de los tiempos. La propia estructura social era particularmente propicia al choque armado de tendencias anarquizantes que aparecían en diversos sitios y debilitaban la organización política, una oligarquía parlamentaria se apoyaba sobre los caciques locales. Reyes persistió en restablecer el orden y no temió atacar en sus raíces a congresistas y caciques. Lo esencial era desbrozar el bosque de los vicios y privilegios reinantes. La verdad es que el país esperaba un cambio y casi todas las fuerzas políticas y sociales de entonces aceptaron el experimento.

Además del gran esfuerzo que se requiere para impulsar el desarrollo, se necesitaba también otro impulso para deshacer las talanqueras que se oponían a los proyectos salvadores. Siempre existen vacilaciones y fuertes resistencias a dejar que los pueblos resuelvan sus problemas en favor del progreso. Pero, ¿cómo ha de manejarse el desarrollo? Cuando una sociedad llega a producir unas clases dirigentes capaces, cuando alcanzan el régimen que les conviene, aceptando la legitimidad de sus gobernantes, se ha creado el terreno propicio para el desarrollo. Cuando entre los que mandan y los que obedecen, entre los que operan intelectualmente y los que trabajan materialmente, se logran fórmulas de diálogo y de cooperación, alcanzando las empresas económicas un cierto nivel de productividad y de cooperación recíproca, se puede afirmar que el desarrollo está en marcha. Obviamente, se requiere un Estado firme y una administración eficiente, lo cual no quiere decir, en manera alguna, que el Estado pretenda invadir las zonas que corresponden a la empresa privada.

Reyes sabía que un gobierno que aspiraba a permanecer con el apoyo de sus conciudadanos requería un medio económico eficaz, sin el cual los problemas interiores le impedirían acometer empresas de envergadura.

La energía latente

ACASO LA PRIMORDIAL ACTUACION del General Reyes desde el comienzo de su período presidencial fue obtener que saliera a la luz el caudal de energía del pueblo colombiano. La discordia casi permanente impedía el desarrollo de la nación y nos había poseído desde los albores de la independencia.

Había entonces que regresar a las fuentes primarias de la nación. Por el camino de la búsqueda de sí mismo, Rafael Reyes logró que el país se modernizara y despegara económicamente. ¿Cuál era el primer deber? Comenzar una labor intensa de concordia. Liberales y conservadores habían perdido el sol en la gigantesca carnicería de tres largos años. Era justo emprender ahora, de nuevo, el camino de las realizaciones y hacerlo de consuno, con fervor y religioso empeño.

Todo ello explica que el gobierno, bajo su dirección, se hubiera lanzado a restaurar la administración, financiándola, dotándola de rentas,

umentando las tarifas de aduana y organizando los gravámenes, y dictando muchas otras disposiciones indispensables para obtener la salida del país de la etapa colonial.

Organizadas las rentas y suprimido el desorden administrativo reinante de tiempo atrás, el Presidente planificó el trabajo de la administración asesorándose de distinguidos hombres de empresa, reunidos en un Comité de Desarrollo Económico.

La guerra, cuyos desastres el Presidente trataba de eliminar, la ocasionaron la irresponsabilidad de los jefes políticos que lanzaron a la contienda fratricida a sus huestes y la división creada dentro del propio gobierno, que impidió tomar las medidas necesarias para prevenir la fatal ocurrencia. Si Reyes hubiera sido elegido en 1898 habría posiblemente instaurado, desde entonces, un gobierno nacional, como lo hizo después. Con tal cambio político hubieran llegado al poder muchos liberales importantes como los que luego fueron incorporados en el gobierno del Quinquenio. Así, acaso se habrían evitado los pronunciamientos revolucionarios posteriores por sustracción de materia. Además, la separación de Panamá posiblemente no se hubiera presentado porque una Colombia unida se habría constituido en muralla contra la desmembración, haciendo más riesgoso el dudoso ataque invasor, y porque Reyes, el mejor estratega con que contaba la nación, habría podido repetir, con la misma energía, la campaña realizada anteriormente, a las órdenes del Presidente Núñez, para evitar la separación del Istmo.

El capitalismo incipiente

LO DICHO HASTA AQUI NOS PERMITE dar ahora un gran paso hacia conclusiones bien actuales. La tarea del gobierno del Quinquenio puede ser un ejemplo de lo que constituye el “despegue” hacia el desarrollo y una enseñanza aprovechable en cuanto a “liderazgo” y acción coordinada. Reyes creó un sistema fiscal para llevar ahorro a las inversiones; concibió todos los instrumentos, desde los aranceles, la organización de la justicia, la creación de un ejército estructurado y de nuevos complejos de vida económica en zonas atrasadas, abriendo así el paso a otras empresas. Intuyó cuál era la solución adecuada para el país en la época de su gobierno, diferente en sus aspectos técnicos, económicos y político-sociales a la de otras naciones y otros tiempos. Supo que estos no son transferibles ni exportables.

Es obvio que cuanto más atrasado sea un país, tanto mayor será el campo que se abre a la actuación de un gobierno activo que quiera modificar tal situación. Guardando las debidas proporciones, y en lo que se refiere a la Colombia de 1990, aún estamos atravesando claras situaciones de subdesarrollo. Y seguimos anhelando gobiernos que impulsen la investigación, que atraigan el capital extranjero, que apoyen el comercio exterior y protejan las industrias incipientes.

En todo caso, dos rutas se ofrecen en el mundo de hoy, para lograr el crecimiento: la fórmula que propugna la eficacia de una economía de mercado y la que presenta el dirigismo y piensa que la salvación está en la intervención del Estado. Con el advenimiento de la perestroika y de otras formas

políticas que consagran la libre empresa, parece que el mundo de hoy busca la economía de mercado como panacea económica. Esta tesis no puede significar que el Estado abandone los problemas políticos, sociales y económicos del país. Ha de tender al juego de la libre competencia, de la supresión de monopolios, pero todo dentro del marco regulador del Derecho. Esto podría parecer una revolución regresiva para quienes todo lo han confiado a la intervención del Estado, que anula la iniciativa de la sociedad con las formas despersonalizadoras del socialismo. Para nosotros será la revolución del orden.

Por otra parte, el crecimiento de un país requiere la colaboración de los grupos y tendencias principales de la nación. El gobierno del Quinquenio, a pesar de algunos errores, nos muestra hoy que sus tesis fundamentales, especialmente la relacionada con la Concordia Nacional, no han quedado desbordadas por la velocidad de los intensos cambios económicos y políticos. Económicamente, tal vez las podríamos catalogar dentro de la órbita del capitalismo incipiente.

“El mercado libre no es solamente un sistema de decisiones más eficiente que la más sabia agencia de planificación económica centralizada, sino lo que es más importante, el mercado libre mantiene el poder económico ampliamente disperso”.

John F. Kennedy (1962)